

INSTITUTO HISTÓRICO Y GEOGRÁFICO

RODÓ

CONFERENCIA LEÍDA EL DÍA 3 DE DICIEMBRE DE 1917

POR EL

DR. GUSTAVO GALLINAL

CON UN DISCURSO PRELIMINAR DE D. FRANCISCO J. ROS



MONTEVIDEO

Imprenta y Casa Editorial "Renacimiento"
Librería "Mercurio" de Luis y Manuel Pérez
Calle 25 de Mayo, 483

1918

RODÓ

INSTITUTO HISTÓRICO Y GEOGRÁFICO

RODÓ

CONFERENCIA LEÍDA EL DÍA 3 DE DICIEMBRE DE 1917

POR EL

DR. GUSTAVO GALLINAL

CON UN DISCURSO PRELIMINAR DE D. FRANCISCO J. ROS



MONTEVIDEO

Imprenta y Casa Editorial "Renacimiento"
Librería "Mercurio" de Luis y Manuel Pérez
Calle 25 de Moyo, 483

1918

Discurso del Presidente del Instituto Histórico y Geográfico, D. Francisco J. Ros.

SEÑORAS :

SEÑORES :

El Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay, comienza hoy a estudiar la obra magistral de nuestro ilustre compatriota José Enrique Rodó, como un homenaje debido a la memoria del que fué nuestro compañero de tareas en esta casa, que registra con orgullo su nombre glorioso entre los de sus fundadores.

El doctor don Gustavo Gallinal inicia ese estudio eligiendo como tema el análisis de la faz literaria.

Después, le seguirá el doctor don Pablo Blanco Acevedo; considerando a Rodó ante la historia Americana; y tras él continuarán otros analizando y juzgando las distintas facetas del conjunto.

Mucho es lo que se ha dicho y escrito ya sobre la obra del ilustre compatriota, superior al nivel intelectual de su medio y de su época y quizás no sobrepasada ni alcanzada, en su generalización, por ningún pensador de América.

Pero, a pesar de todo lo que se ha dicho y escrito, no está segado todavía, para el análisis, para la crítica y para el elogio, el ancho campo que cultivó el gran maestro, y en el que germinaron los frutos admirables de su genio.

Apenas, si la hoz del analista ha comenzado recién a engavillar algunas de las espigas de oro, que se ierguen en el gran círculo que sembró de ideas,—de grandes y luminosas ideas,—arrojadas en él, como simiente para conjurar los grandes y pequeños conflictos de la vida,—porque él, como el poeta latino, pudo decir, que nada de lo que es humano le fué desconocido,

Su misión apostólica, era pensar alto, meditar hondo y buscar soluciones diáfanas a los grandes problemas modernos, aunque siempre antiguos, que rodean al hombre, lo desvelan y acongojan, como unidad, — o a la suma de hombres que se atribulan y pierden la ruta del ideal en colectividad; — para ofrecerles en tales crisis, la fórmula de reacción razonable y práctica, que él había buscado, paciente y serenamente en el vaso opaco de las escrituras y que contiene la verdad luminosa en su fondo.

Años pasarán, — generaciones nuestras y de otras latitudes, desfilarán por el escenario de la vida que él estudió, y en el que se debaten, eternamente, nuestros complejos intereses, y siempre habrá en su obra humana, pero enorme, páginas en que buscar una sentencia, de Justicia y de Amor, aplicable al conflicto de las almas en sus turbaciones del momento.

En eso está la esencia y la grandeza de su obra, porque ella fué escrita para los tiempos.

No es, pues, extraño, que a pesar de cuanto se ha dicho ya sobre sus libros, y sobre el espíritu que los anima, ellos ofrezcan todavía, como los ofrecerán después, temas nuevos para el análisis y para las síntesis trascendentales.

Cada hombre y cada generación traerá en su alma la novedad renovadora encontrada en sus páginas que les harán exhalar su admiración sentida y reformada por cada cual a su manera.

Y ¿no será esto lo que él predicaba, al afirmar, que reformarse es vivir?

Y esto, no más, este concurso de los séres superiores, para buscar la exégesis de los altos pensamientos que la obra de nuestro compatriota siga sugiriendo, aún después, mucho después, de su partida, no se sabe a dónde ¿no será la consagración de la posteridad, a un gran capitán de la inteligencia y del genio?

.....
Pero basta!:

Dejemos, que esta noche una de las más simpáticas y brillantes inteligencias de nuestra gallarda y selecta juventud pensadora recoja y nos muestre espigas de las que cultivó el maestro.

En verdad, que el joven y ya prestigioso analista de esta volada tendrá toda nuestra atención y complacencia para oírlo, porque el doctor Gallinal, nuestro consocio de número y actualmente nuestro insuperable secretario, — por su espíritu fino y sagaz para buscar la verdad y la belleza del arte; por su preparación en las ciencias sociales y jurídicas, brújulas de las psiquis modernas; por su consagración y respeto a la cultura de la forma en las ideas, perfeccionadas en sus viajes de estudio y de recreo, por las patrias de los grandes maestros, tiene derecho y autoridad para decirnos cómo le impresiona la prosa envidiable del artífice que nos va a analizar.

Esperamos con placer oír las impresiones de su espíritu, educado en la contemplación de los más famosos paisajes de la naturaleza; de los grandes lienzos legados a la posteridad por pintores inmortales, o de las esculturas asombrosas de los más insuperables maestros, o en las moles de la arquitectura colosal de los días Cesáreos; o en las ruinas ennoblecidas por las edades que duermen silenciosas sobre sus escombros llenos de misterio, cuyo conjunto le ha permitido coleccionar sus impresiones en libros de viajes, llenos de cuadros descriptivos entre los que basta recordar, para su elogio, el más sencillo, el más sobrio en líneas y tintas, para apreciar su poder de observación.

Me refiero a su ligero pasaje por tierras de España, al atravesar la árida y triste meseta castellana, parda, chata, pétrea, calcinada, con sus caminos polvorosos que semejan el rastro dejado por viejas y pesadas culebras sopeando somnolientas desde Avila de los caballeros a través de Alba de Tormes y de la vega de Adaja, hasta Toledo la romántica, y atravesando al pasar por cien villas y aldeas dormidas todavía en el quieto letargo de los plúmbeos días de Felipe II...

Pero, no he de analizar, aquí, la obra literaria del doctor Gallinal, ni es la hora, ni la oportunidad.

Sea, pues, bien venido a la tribuna del Instituto el joven abogado y brillante escritor, ocúpela de pleno derecho, para decirnos desde ella, sus impresiones sobre la prosa literaria de Rodó.

Conferencia del Dr. Gustavo Gallinal

SEÑORAS:

SEÑORES:

Acaso la cualidad literaria de José Enrique Rodó encarecida con más viva y universal alabanza es la perfección de la forma. Quienes elogian sus libros, suelen detenerse primero a ponderar la maestría del estilista. Estilista, según muchos lo entienden ahora, es el artista verbal, el virtuoso de la palabra para quien ésta fuera, más que corpórea envoltura de la idea, música o color. No es entonces el de estilista calificativo que defina la facultad dominante del crítico capaz de gustar las más varias formas de belleza, pero cuyas preferencias se orientaron siempre en el sentido del arte educador y humano, del moralista que prodigó todos los prestigios de la forma para hacer amable y seductora a una doctrina fundada sobre una concepción de la vida amplia y luminosa, sin duda, pero marcada también con cierto sello de severidad estoica y viril.

No es dudoso, sin embargo, que escritor dotado de tan soberana facultad de expresión haya sido sensible en alto grado a la magia verbal de aquellos maestros

cuyo estilo es como una transposición de los procedimientos de otras artes a la labor literaria. Entre los secretos de la hermosura de su prosa estaba la potestad colorista; una de sus admiraciones fué la literatura que sobresale por el poder plástico de la expresión, cuyas obras maestras son quizá los libros aquellos — el de prosa y los versos — en que Gautier hizo reverberar la luz que incendia el cielo español sobre la más espléndida y pintoresca descripción de sus paisajes que se haya escrito jamás. De la iniciación, que fué cosa de la juventud, en el hechizo de tal arte, quedó luego una influencia perseverante que alentó su esfuerzo para dar a su prosa siempre mayor plasticidad y relieve. Pero nunca pudo contarle entre sus secuaces el arte que levanta por encima de todo mérito literario la pericia del forjador de frases y la potestad colorista y sensual indiferente a las realidades morales, como el del lapidario de «Esmaltes y Camaleos».

Un estilo como el suyo es la manifestación de una fuerza espiritual clara y profunda. Esa forma es producto de la aleación de muchos elementos de fondo: claridad lógica, encendida pasión por las ideas, pingües caudales de inteligencia y de imaginación creadora, cultura vasta y armónica que lo mismo da de sí la honda eficacia de convicción del pensamiento y la recia contextura de sus síntesis que la riqueza de su léxico o la brillante legión de sus metáforas.

Habrà de contársele en el número de los continuado-

res de la vieja y buena tradición hispánica del filosofar con elegancia, manteniendo la claridad y hermosura de la forma sin que amengüe la esclarecedora penetración del pensamiento. De esto hay capítulos ejemplares en «*Motivos de Proteo*», donde sutiles fenómenos de la conciencia son expuestos en prosa castiza y pura sin que se enturbie un sólo instante su diáfana claridad, sin incurrir en los inútiles barbarismos en que caen con harta frecuencia los expositores filosóficos: ¡como si hubiera tan intrincado y nebuloso asunto que no pudiera ser definido con precisión y nitidez sin bastardear el idioma en que Teresa de Jesús analizó con penetración visionaria los arcanos del alma y en que los interlocutores de Fray Luis de León, dialogando a orillas del Tormes, emularon gloriosamente a aquellos cuyos coloquios fueron por testigos los plátanos que prestan sombra a las márgenes del Iliso!

No pertenece Rodó al número de aquellos escritores en quienes parece la belleza de la forma resultado de un arte no aprendido, don de naturaleza que se manifiesta con sencilla y abundosa espontaneidad. No tiene de ellos ni las cualidades, ni los defectos: ni el gracioso abandono, ni las alternativas de vuelo inspirado y de caídas al prosaísmo, ni la facilidad desaliñada y caudalosa que fluye arrastrando mezclados oro y cieno. La perfección de su prosa debe tanto al reflexivo esfuerzo y al trabajo ahincado como a la abundancia de la vena natural. Su producción es de una igualdad que rara vez decae. Algu-

nas veces, particularmente en « Motivos de Proteo », deseáramos que algún rasgo de mayor naturalidad, de sencillez, interrumpiera un instante la sucesión de los periodos siempre tan acabados de esa prosa torneada y pulida por un grande artífice, pero que fatiga el espíritu con cierta impresión de monotonía en su misma suntuosidad y en el derroche lujoso de sus imágenes. Es visible el esfuerzo, la permanente tensión de espíritu del escritor. Cuando se han leído varios capítulos de este libro, se busca con placer y descanso cualquier página menos trabajada y perfecta; yo suelo leer en tales momentos los artículos de polémica de « Liberalismo y Jacobinismo », los cuales, como obras improvisadas, tienen una frescura que en aquel otro libro suele echarse de menos.

Nunca con mayor grandilocuencia que en « La Gesta de la forma » ha sido ensalzado el esfuerzo del escritor por alcanzar la perfección del estilo y domeñar la palabra rebelde: heroísmo silencioso, concentramiento titánico de la voluntad aplicada a forjar una frase con la misma pasión que un artista de genio como Cellini, ponía en labrar cualquier menuda joya.

Se ha señalado con verdad en el estilo de Rodó una tendencia oratoria. Mucha parte de su obra mantiene, efectivamente, un tono oratorio levantado y grave; de una oratoria, hemos de entender, en la que un vigilante buen gusto contuviera cualquier movimiento desordenado, lejana cuanto cabe de aquella con que los tribunos de

la plebe ganan fáciles aplausos y cuyo término de comparación pudiera ser acaso aquella que dicen reinó en los primeros tiempos del ágora ateniense, antes de que destruyeran su dignidad demagogos y sofistas, cuando el orador hablaba envuelto en los pliegues del manto, en actitud estatuaria. Su elocuencia conduce el espíritu a la consideración de los más elevados problemas; pone en ella el fervor y la unción de un predicador laico. Esta tendencia oratoria se acentúa en sus últimos ensayos, Bolívar y Montalvo, ambos hermosos, y el segundo, obra magistral en la plenitud de la palabra, pero donde es visible cómo la impetuosidad del entusiasmo y el raudal oratorio de la prosa, encumbran por momentos el elogio hasta tocar en ditirambo. Así, cuando el carácter del estilo de Montalvo le recuerda la grandiosidad ajustada a una casi perfecta pureza de líneas geométricas del truncado cono del Cotopaxi, gigante de la tierra ecuatoriana donde nació aquel escritor; « pocas veces, dice, como en esa montaña y esta prosa se ha ajustado a tan precisos números lo grande ». Quizá no fuera ajena a este resultado la influencia del escritor cuyo elogio hacía.

Pero, para descuento de esto, ¡ qué riqueza de lenguaje, qué erudición acrisolada, qué poder de síntesis vigorosas y seguras de esas que definen en poco espacio el carácter de un personaje o de una época ! Suya fué la facultad de diseñar en pocos trazos una figura humana : como perfiles copiados de las piezas de un monetario anti-

guo, desfilan así en páginas de « Motivos de Proteo », Salomón, Alfonso el Sabio, Leonardo de Vinci...

Luce Rodó en sus últimas obras una opulencia de idioma mayor que en otra alguna. La influencia de los maestros del habla, de los dechados del siglo de oro, es en su prosa cada día más directa y profunda.

Leyendo por orden cronológico sus escritos es sorprendente ver como se acrecientan paso a paso el sabor castizo, lo pintoresco, entonado y brioso de la expresión, denunciando el comercio siempre más asiduo y provechoso con aquellos escritores. Tiempo tendré, al comentar el ensayo sobre Montalvo, de volver sobre esto.

Diré ahora que cuando se señalan términos de comparación para tal estilo, lo común es mentar escritores franceses. La prosa de Rodó, como la de todo de escritor grande, es la revelación genuina de un temperamento y traduce el acento de un alma. Es algo personal e inconfundible. Pueden indicarse en ella influjos y aun reminiscencias inevitables en todo escritor de fuerte cultura, pero no modelos.

Y desde luego, nada más diverso del estilo de Rodó que el de Renán, que es el más citado.

Por sus cualidades, como por sus defectos, la prosa de Rodó es casi antípoda de la de aquel escritor de quien recibió, sin duda, una de las más eficaces y perdurables sugerencias magistrales.

El estilo de Renán, obra maestra del espíritu francés, pudiera ser calificado con las mismas palabras con que

él habla de la música aérea que acompaña al vuelo de su Ariel: es *una armonía fina, justa y pura*. En la clara transparencia de esa prosa se propaga la ondulación de un pensamiento incoercible y como fluido. Allí reinan la fina ironía, el matiz delicado y la discreta atenuación. Bourget ha dicho que es una prosa lo menos sensual posible, de una espiritualidad incomparable . . . Y por todo esto diversa de la elocuencia a veces pomposa y siempre rica en color y llena de imágenes de relieves firmemente acusados del estilo de Rodó.

No sólo en el estilo, en el espíritu mismo de la obra es preciso precaverse contra el común error de enlazar estos dos nombres en una relación demasiado estrecha de maestro a discípulo. Esto confirmaba, no ha muchos días, leyendo el ensayo que Renán ha consagrado a estudiar la personalidad de Laménais, obra de extraordinaria sagacidad crítica y perspicacia, y una de las más típicas de su autor. Asiste Renán, como a un espectáculo digno de ser contemplado, al curso de la vida tormentosa y apasionada de Laménais, alma ígnea, siempre abrasada en odio y amor, profesando con la misma violencia sombría y fanática lo mismo la fe tradicionalista de la primera etapa de su vida que la creencia demagógica y semi socialista de su final desorbitado. Todo esto se refleja en su estilo, cuajado de reminiscencias bíblicas, acento imperioso de una convicción que no conoce la duda; su tono es aquel con que pudiera hablar a los hombres uno de los irritados profetas de la Sixtina.

Renán lo analiza y juzga con una lucidez admirable, desde la altura de su superioridad sonriente y benévola.

Le reprocha no haber sabido prescindir del mundo y de las muchedumbres, para convertir sus ideas, no en el principio de un apostolado, sino de delectación solitaria y morosa: hay en él, dice, demasiado ardor y pasión, y no bastante desdén: « su estilo tiene las formas llenas y pesadas de la cólera, jamás las finas y ligeras de la ironía ». Las ideas y creencias que apasionan y conmueven a los hombres pueden ser, en efecto, para el pensador omnicomprendivo, objeto de una delicada fruición: no de otra manera, el Próspero de su drama filosófico se afana por descubrir el secreto de *eutanasia*, la ciencia de la muerte dulce y tranquila, en la esperanza de que entonces la idea misma de la muerte podrá ser para el sabio causa de una suprema voluptuosidad.

Bien; todo esto, tan característico y esencial en Renán, sería incomprensible en Rodó, que hace del libro cátedra de un magisterio solícito y una serviente prédica. Su amplitud de espíritu le permitió comprender cualquier linaje de grandeza humana y de superioridad intelectual, pero sus simpatías se orientaron siempre con preferencia confesada hacia las personalidades fulgurantes y heroicas, poseídas de lo que él llamara « la vocación de la caballería ». Al juzgar la vida de uno de esos hombres consagrados mantenedores de una idea en aras de la cual se sacrifican, amándola hasta el fin, su actitud es la de una admiración con cuya sinceridad no se compadece el más

ligero asomo de ironía. Profesó el culto de las almas heroicas. Y es preciso reconocer que la vocación sublime del sacrificio, el heroísmo y el martirio no es fácil que se ajuste a la placidez de una vida elegante y serena como aquellas gobernadas por la sabiduría que atesora un caudal de ideas selectas para deleite de las almas capaces de convertir en materia de altos goces y de voluptuosidad no más las creencias por las que sufre y espera la pobre humanidad...

Rodó tuvo como Renán el don de la tolerancia simpática, la capacidad para desentrañar de todas las creencias humanas la centella de idealidad que redime de su imperfección aun a los más toscos símbolos. Esta tolerancia que no importa, según su concepción personal, el renunciamiento a la firmeza de la fe y de la convicción propias, consonaba por lo demás con las íntimas tendencias de su alma y le aparecía como una noción corroborada por la sugestión concorde de muchos de los espíritus directores del pensamiento moderno. Pero en Rodó, intelectual puro, buscaríamos en vano emoción semejante a aquella suave que impregna algunas de las páginas críticas más negativas y demolidoras de Renán: una vaga añoranza que parece exhalarse de ellas como un aroma medio desvanecido de fe y de tradición: la poesía del sentimiento que sobrevive a la muerte del sentimiento mismo. En las páginas de Rodó siempre se ve la claridad de una inteligencia fuerte, abierta, sagaz en el análisis del corazón humano: pocas veces, en cambio, se advierte

en ellas el acento que hace *inconfundible* la expresión de las emociones y los sentimientos *vividos* por el escritor: consultad, por ejemplo, los capítulos, que escribió en «*Motivos de Proteo*» sobre el amor o sobre los viajes.

Trasladada del terreno religioso al de la crítica literaria, aquella noción de la tolerancia amplísima, pero compatible con la profesión sincera de una fe propia, es la idea madre de la crítica de Rodó. Si algo hay opuesto a su concepción de la función depuradora de la crítica, es la de una crítica definidora y sistemática, que proceda a graduar los valores literarios por cánones inmutables o por comparación con modelos prefigurados. Su inteligencia fué tan amplia y capaz como para abarcar las más opuestas manifestaciones del arte, vario y multiforme como la vida. Guardó en su espíritu inagotables reservas de simpatía humana. Fué magnánimo en el elogio y el estímulo. Y una severa disciplina, íntima labor de autodidacta nunca satisfecho de sí mismo, acendró cada día esa cualidad, ensanchando el horizonte que señoreaba desde las cumbres de su pensamiento. No hubo victoria que tuviera para él más dulce halago que la de superar una limitación del criterio. Un esfuerzo de cultura jamás *interrumpido* y *ahondado* en varias direcciones del saber humano, hizo posible perennemente que descubriera en el mundo del espíritu, ignorados tesoros, riquísimos yacimientos *inexplotados*. Sobre la creencia de que el trabajo bien dirigido de la voluntad podría revelar aún en el alma más desecada y árida en la apariencia, veneros so-

terrados de aguas vivas y fertilizantes, fundó el generoso optimismo que ilumina su concepción de la vida.

El lema impreso en la portada de su obra primera, «El que vendrá», podría caracterizar su labor entera. Ya toda ella estaba como en potencia en ese lejano artículo. Serenidad y tolerancia no fueron para él fruto maduro de una vida rica en sabiduría y en experiencia: no es el sosegado remanso en que pára el ímpetu de una juventud hervorosa y tumultuaria; la paz de la tarde sucediendo al abrasado ardor del mediodía. En la carátula del libro que encerrara su obra total bien estaría la frase de Clarin que entonces adoptara: «tolerar es fecundar la vida».

Tolerancia es virtud preclara cuando no es una noción puramente negativa, ni apaga esa otra virtud más esclarecida de creer, de afirmar una verdad que dé al alma la certidumbre de su destino inmortal sin la cual no hay para el hombre plenitud de vida del espíritu.

El anhelo de la perfección formal se ostenta ya en el cincelamiento impecable de aquella prosa de «El que vendrá» de lirismo de por sí tan fácil y abundante. El numen del escritor aparece prendado del orden y obediente a los dictados de la razón.

Allí se expresan con acento de cálida elocuencia algunas de las ansiedades e incertidumbres de un momento de desorientación del pensamiento moderno. Quien dice pensamiento moderno, en esta etapa juvenil de su carrera, dice casi exclusivamente pensamiento francés, que fué la cultura

francesa aquella en que primero abrevó su espíritu. Eran aquéllos los días en que fenecía en melancólico ocaso la generación que trajo a Taine, a Comte y a Renán, generación cuyo pensamiento, conocido en las primeras lecturas, imprimió honda y perdurable huella en el espíritu de Rodó. Sus nombres ilustres son los que con más frecuencia reaparecen en sus escritos; es imposible comentar su obra sin recordarlos también a cada instante. El dogma positivista, de que ella, en muchas de sus obras capitales, fuera heraldo y campeón, aparecía ya insuficiente para explicar totalmente el enigma del destino humano. Los maestros mismos habían sentido rozadas sus frentes, en sus últimos tiempos, por una inmensa inquietud dispersa en el ambiente espiritual.

En el recogimiento de aquella hora en que una generación, exhausta ya, pasaba a manos de otra el cetro de las realezas del espíritu, se preparaba la florescencia de futuros idealismos. En el mismo año en que Rodó aparecía en la escena literaria con «El que vendrá», en 1896, Brunetière pronunciaba en Besançon un discurso famoso cuyo tema era el renacimiento del idealismo; en él señalaba los síntomas a su juicio precursores de esa eclosión cercana. Indicaba estas señales en el lenguaje renovado de los hombres de ciencia, poseídos cada día más del sentimiento del misterio de la vida y de los límites infranqueables de la ciencia experimental; decía cómo el presagio de esto se había manifestado en el pontífice mismo de la filosofía positiva cuando quiso

en sus postrimerías edificar con materiales de su doctrina templo para un credo y un rito religioso. — En la música era la reforma de Wagner, el arte del porvenir, nacido del consorcio de música y de poesía. — El simbolismo prometía abrir nuevos cauces al sentimiento personal haciendo de la poesía un arte más leve y alado, y más ínfimo a la vez, que el arte de estatuarios y de orives del Parnaso. — Los artistas del color se convertían a la misma vaga doctrina de idealidad formando corro en torno a Puvis de Chavannes, cuyo encantado pincel acababa de decorar de pinturas alegóricas el hemiciclo de la Sorbona y de evocar la historia de Santa Genoveva en cuadros dignos, en verdad, de iluminar un episodio de « La Leyenda Dorada ». — En la vida política auguraban el renacimiento idealista, de un lado el socialismo revolucionario cuyas doctrinas quiméricas y perniciosas para quien en su totalidad las considere, son sin embargo fórmulas imperfectas en que late un anhelo humano de justicia; del otro las promisoras doctrinas sociales que germinaban en las diversas comuniones cristianas, pugnando también como el socialismo, pero sin aquel fermento malo de utopías, por sustituirse a las fórmulas agotadas ya del individualismo egoísta y de las viejas doctrinas liberales . . . Así rastreaba Brunetiére en la agitación intelectual de aquellos años las señales precursoras de una próxima restauración idealista.

Muy poco tiempo antes, haciendo el balance de las

ideas morales de los escritores contemporáneos, Eduardo Rod había señalado el curso de una corriente negativa de ideas en que se prolongaba el impulso de una parte del pensamiento de la anterior generación; pero descubría también la existencia de una corriente positiva que bajaba por opuesta pendiente desde aquellas mismas cumbres cercanas engrosada por todas las doctrinas de afirmación y de creencia; corriente acaso predestinada, en su sentir, a arrastrar a muchos de los espíritus más selectos de la nueva generación; como en efecto ha sucedido.

Sin resolver sus dudas en el fuerte optimismo de Brunelière, Bourget había condensado por aquellos mismos días, en una página dedicada a la juventud de Francia muchas de las aspiraciones del pensamiento de entonces; había removido también en sus ensayos de crítica psicológica los más inquietantes problemas que pudiera plantearse una conciencia moral conturbada por la lucha indecisa de las opuestas doctrinas que se disputaban el imperio de las almas. Símbolo de la actitud de toda una época educada en el culto de aquella ciencia positiva que acaso secaba sin renovarlas las fuentes profundas de la vida espiritual de su nación, pudiera ser para el sutil crítico, el cuadro que cierra la novela conmovedora en cuyo prólogo plantea aquellas interrogaciones para las que no encontraba entonces todavía la segura respuesta en que luego hallaría el reposo y la paz del alma: la escena en que Adrián Sixto, el maestro apóstol de un

materialismo despiadado siente rebosar de su corazón frente al cadáver del culpable discípulo, junto con el angustioso sentimiento de su propia responsabilidad moral, un anhelo infinito que busca expresarse en la fórmula de una plegaria.

Esta es también la hora en que José Enrique Rodó publica su primera página. En ella dice de estas mismas inquietudes y ansias recibidas en herencia de aquella generación cuyos hombres representativos llegaban entonces a la muerte como se apagan una tras otra, tocando en la sombra del horizonte, las estrellas de una constelación declinante.

«El positivismo, que es la piedra angular de nuestra formación intelectual, no es ya la cúpula que la remata y corona», escribía mucho después Rodó, precisando el origen y el alcance que atribuía al nuevo idealismo que la evolución de las doctrinas traía a triunfar en el campo de hispano-américa. En ese mismo escrito ponía en evidencia las deformaciones que las ideas positivistas, propagadas mal y con atraso, sufrían en estos ambientes donde propiciaban más que en parte alguna rastreras tendencias utilitarias, provocaban torpes glorificaciones del egoísmo, del éxito y de la fuerza y producían un decaimiento del sentido ideal de la vida.

Estas son las inclinaciones viciosas de nuestras democracias contra las que predicó aquella serena oración de «Ariel», gloriosa por su hermosura, gloriosa también por la virtud suscitadora de sanas energías y de

idealismos desinteresados que en sí tiene. Pero ya en aquel opúsculo inicial, « El que vendrá », proponía algunos de los problemas cuyo estudio abordaría más adelante y apuntaba las soluciones que abrazaría en la culminación de su inteligencia. Allí proclamaba en breves palabras la noción de la solidaridad del esfuerzo, que es ley del mundo moral; cuando se la desconoce o se la niega, toda la actividad espiritual de una generación, dispersándose en una labor anárquica y febril no acierta a erigir obra más duradera que la tienda que se planta para el reposo de una noche. Allí se expresa ya el deseo del advenimiento de un arte más grande más sincero y más humano que el que profesó con los parnasianos el culto idólatra de la forma o el que con el naturalismo literario intentó mutilar a la naturaleza humana cercenándole su más noble parte. Allí se da voz a « un ansia de creer que es casi una creencia ». Y Rodó termina su obra primigenia con un himno « al que vendrá » adelantándose a saludar alborozado aun antes de que apareciera entre nosotros, al maestro que él esperaba revelador de la nueva palabra de vida y nunciador de la verdad que sustituiría a lo que había caducado de la antigua.

Frecuente había sido también en los pensadores franceses de aquella época la duda sobre la vitalidad interna de la democracia, por lo menos en la forma transitoria que entonces tendía a prevalecer en aquel pueblo. Motivos de meditación para muchos, eran los temas que se estudian en « Ariel ».

Sabido es que Taine después de *consagrar* los últimos años de su formidable actividad intelectual al análisis de las transformaciones que sufriera la sociedad francesa a partir de la Revolución había encontrado en la aristocracia liberal de Inglaterra, productora de hombres de estado y de políticos, un contrapeso a los excesos de la democracia. La democracia pura, según su concepción, condenando al apartamiento de los negocios públicos a los núcleos patricios formados en toda sociedad por la selección que el tiempo fatalmente produce, priva al cuerpo político de sus naturales directores; las aristocracias dejan de ser órganos vivaces para convertirse en colonias de parásitos y, en cambio, se acrecienta sin medida la clase moral e intelectualmente inferior de los políticos movidos por intereses y pasiones de baja calidad, como los *politicians* de Estados Unidos.

Renán había proclamado que toda civilización superior es la obra de una aristocracia, encarnada por él en el Próspero de *La Tempestad*, derrocado luego de su trono por la ingratitud de Calibán, el monstruo triunfante y coronado en quien simboliza al pueblo. Shakespeare había puesto en labios de Gonzalvo, el anciano consejero del duque Próspero, palabras en que esboza la ficción de una república ideal, punto de arranque para las fantasías filosóficas que luego florecieron al arrimo de ese drama. Insensible al hechizo de la música de Ariel — es decir, gobernado por el instinto y reacio a la eficacia persuasiva de la razón — Calibán en la

creación de Renán ocupa, vencedor aclamado, el trono de Próspero: es entonces el imperio de la medianía y de la vulgaridad, y para las superioridades destronadas no queda otra revancha que la sonrisa desdeñosa y la espiritualidad que aguza los dardos de la ironía.

Bourget, en sus « Ensayos de Psicología contemporánea » se había complacido en señalar las direcciones divergentes de las dos grandes fuerzas que impulsan a las modernas sociedades: la democracia y la ciencia. La primera tiende a la universal nivelación. La segunda, cada día más a la especialización, y educa intelectualidades selectas apartadas por virtud de su propia distinción de los campos de la lucha pública; los hombres superiores son casi siempre los « vencidos del sufragio universal » divorciados de las pasiones colectivas y condenados por eso al ostracismo político. Quizá en día no lejano, según presume Bourget, las conclusiones de la ciencia especulativa trasladadas al terreno de la sociología y la moral pública traerán como inesperada consecuencia la justificación total de los dogmas del tradicionalismo, doctrina política que el escritor ha concluido por abrazar abiertamente como algunos otros de los espíritus más elevados de la Francia contemporánea.

Hijo de un pueblo donde la idea democrática es el alma misma de la civilización, el principio vital que circula en nuestro espíritu como la sangre en nuestras arterias Rodó ha combalido enérgicamente a aquellos escritores en lo que de sus doctrinas pudiera empañar su

le hondísima en la perennidad de la fórmula que dió las normas políticas y sociales definitivas de la vida americana. Pero aceptando en lo que es conciliable con esta fe aquellos recelos, ha señalado el peligro que dimana para la América nuestra del fermento de la levadura demagógica que hasta ahora ha llevado entrañada toda democracia. Le preocupa la necesidad imperiosa de crear ambiente propicio para el florecimiento de una civilización plena de idealidades, donde sean consagradas por el voto libérrimo de la opinión las jerarquías legítimas de influencia moral sucedáneas de las antiguas aristocracias cuyo derrocamiento mandó una sentencia justiciera del tiempo. Esta preocupación se enlaza claramente con las inquietudes extendidas en la época en que escribió « Ariel ». El libro que la formula en América, además de su mérito intrínseco, tiene el mérito y el don invalorable de la oportunidad. Nunca se predicó más noble prédica a estos pueblos indóciles a todo yugo de tradición, de cultura naciente, donde pasiones encrespadas e indomeñables suelen denunciar cierta persistente braveza primitiva. Amenazaban entonces ellos, pasar de la sangrienta orgía del ciclo de organización y de revueltas, a una época prosaica y mercantil, época oscura en que sufrieran eclipse los elevados ideales colectivos, de tal modo que ninguna obra de esas que sirven para atestiguar en los tiempos la grandeza de un pueblo podría ser afirmada sobre el suelo movedizo de nuestra formación cosmopolita. Se ha reprochado algunas veces a

Rodó el no haber enunciado los medios para evitar estos peligros y lograr los fines propuestos. Es verdad que el pensamiento de Rodó quedó siempre envuelto en la nebulosa de cierta imprecisa vaguedad. Pero sería absurdo exigir de un pensador solución concreta y terminante para esto, que es uno de los eternos problemas que suscita desde lo antiguo la vida de los pueblos organizados en democracia. De la condena que el voto de la multitud hace recaer muchas veces sobre los hombres superiormente dotados en virtud o en ciencia, hablan ya las palabras, henchidas de presentimientos, que en el «Gorgias» pone Platón en labios del Maestro. Allí se dice que el sufragio del mayor número difícilmente se interpondría para escudar la inerme virtud del sabio, inhábil para esa adulación de las muchedumbres que es el arte de los retóricos y de los sofistas, pero no de los filósofos enamorados de la verdad; allí se expresa aquella idea sublime, el más digno consuelo que la sabiduría de los hombres iluminada como por misterioso vislumbre de la revelación cristiana, haya inventado para compensación de la injusticia inmerecida: que siendo la pureza del alma el bien principal de la vida, más merece compasión quien mancilla la suya cometiendo la inicua violencia que quien la sufre . . .

Tratándose de la dificultad de conciliar la vida democrática, cada día más amplia y libre, con la sanción y el respeto de las verdaderas superioridades, problema de todas las épocas, no puede exigirse a un pensador como

Rodó sino la visión clara de los términos concretos en que en América se plantea. Y la tuvo de una lucidez admirable. Pero la solución definitiva es el secreto del porvenir. Solo cabe ahora afirmar la fe en el destino de la idea de democracia y la esperanza en que la extensión cada día mayor y la depuración progresiva del concepto de la libertad, traerán por sí mismas la solución deseada.

Cabe también esforzarse por educar estos sentimientos. Y así Rodó que proclamó con elocuencia no superada la necesidad de preservar del tumulto público el alcázar de la vida interior, no concibió esto como una justificación del aislamiento egoísta. Su idealismo generoso y varonil nada tiene que ver con aquellos pálidos idealismos, máscaras de la impotencia, que aconsejan el renunciamiento a los deberes activos de la vida. Creyó deber a la sociedad a que perteneció el tributo del caudal que había allegado de verdad y de belleza. Fué trabajador que no rehusó su participación en los afanes colectivos. Su vida ejemplar de ciudadano parece la encarnación de su doctrina. Nadie hubiera podido consagrar con más legitimidad su existencia al cultivo deleitoso del arte, ni con más razón anhelar por aquel templo de la serena sabiduría tantas veces invocado en vano, que se alza lejos de donde bulle el tumulto de las gentes. Pero su alma de artista alentaba también una vocación de educador que le indujo al ejercicio de un magisterio nobilísimo. Debió desdenar para ello las incitaciones que le venían de una

parte de la tendencia literaria que se iniciaba cuando él comenzó su labor y cuyos primeros esfuerzos en América secundó, aunque no sin serias reservas. No sé si cabe aplicar el nombre de escuela al conjunto tan heterogéneo de personalidades de valor muy desigual que se clasifican generalmente entre los adeptos del modernismo. Si se le estudia en algunos de sus representantes más típicos y que arrastraron tras sí más numeroso cortejo, el modernismo fué escuela que nunca arraigó muy hondo en suelo americano. Se caracterizó, quizá en mayor grado que tendencia alguna, por el desvío con respecto a la realidad circunstante. Vivió más de la imitación que de la energía de un pensamiento original. Produjo algunas obras de refinada belleza, pero ellas fueron como aquella flor del aire, capricho de nuestra naturaleza, que, prendida al tronco montés a que sirve de gracioso airón no ha menester tomar los jugos nutricios de la tierra.

La obra de Rodó infunde por el contrario desde el primer instante una certidumbre de vigor y de salud espiritual. Creyó que en las condiciones actuales de la vida americana, era imperioso deber de quienes manejan la pluma, el de interesarse por esta realidad social o el contribuir a la obra de organización que debe ser resultado de la labor solidaria de todos. El desconocimiento de esta obligación trae casi siempre, como sanción ineludible, la esterilidad del esfuerzo o la creación de obras efímeras. * Solo han sido grandes en América aquellos que han desenvuelto por la palabra o por

la acción un pensamiento americano. Nadie puede cooperar eficazmente al orden del mundo sino aceptando con resolución estoica, aun más: con alegría de ánimo el puesto que la consigna de Dios le ha señalado en sus milicias al fijarle una patria donde nacer y un espacio del tiempo para realizar su vida y su obra.»

Este nacionalismo literario, nacionalismo nada exclusivista ni receloso, le inspiró la idea de glorificar a cada uno de los pueblos de hispanoamérica, magna patria cuya ciudadanía ostentó como ejecutoria de espiritual nobleza, encarnándolo en una de sus personalidades representativas, o para emplear su expresión favorita, de sus héroes epónimos. Cúpome la suerte de oírle desarrollar este programa de su labor futura con mención de algunos nombres. De Chile le seducía la personalidad de *Diego Portales*. Meditaba desde hace algunos años levantar una estatuita a *Hernandarias de Saavedra*: busto para tal escultor. Ignoro si habrá esbozado el ensayo sobre *Martí*, de que hablaba en los primeros meses del pasado año como de obra pronta ya para ser puesta en el telar: ¡y como hubiera sabido tejer el elogio de *Martí*, cuya gloria es de aquellas que mejor podía exaltar su espíritu; la gloria del escritor que después de predicar en las magnificencias de una prosa de hidalga estirpe, la independencia de su pueblo, trueca la pluma por la espada y alistándose en la expedición emancipadora de *Gómez*, corre a sellar con su sangre la consagración de toda la vida a la causa de la libertad! . . . En lo que

toca al Uruguay nuestro, ambicionaba fijar con rasgos de su pluma el perfil de Artigas . . . De esta galería de hombres de América que soñó construir, solo quedan sus cuatro ensayos literarios de mayor amplitud : Bolívar, Montalvo, Rubén Darío y Juan Maria Gutiérrez. En el género de ensayos no conozco de autor americano libro de valor superior al que integran estos cuatro trabajos. Considerando el conjunto de que ellos, o algunos de ellos, debieron ser parte, yo experimento ahora emoción parecida a la que acaso despiertan en el alma del contemplador el Moisés o el Penseroso de Miguel Angel, fragmentos de vastos monumentos inconclusos : emoción en la que entran por igual el sentimiento de admiración que infunde su belleza y el sentimiento de nostalgia con que se piensa en los propósitos grandes truncados por el azar o por la muerte.

Rubén Darío « no es, ciertamente, el poeta de América », lo que no es óbice para que represente una modalidad literaria que movió en América el sentimiento poético. Poco habrá que rectificar, aun cuando se estudie sin móvil alguno de querrela literaria el juicio de Rodó, formulado cuando entre nosotros aquello era todavía una relativa novedad, y cuando la bandera literaria recién desplegada era mirada por muchos como una enseña de guerra. El elogio del exquisito poeta está en páginas de rara exquisitez : la prosa del crítico vale bien la estrofa del poeta. Lo que contiene de censura es de una justeza y una claridad definitivas, en lo que ella recae sobre

la obra iniciadora del poeta, y con mucha mayor y más merecida severidad en lo que toca a los remedos de los que se alineaban en su séquito de príncipe de una exótica corte en la que lucieron algunas joyas ricas y valiosas pero en la que la moda encubrió también muchos amaneramientos, muchas vanas frivolidades y no pocas perversiones retóricas.

Artista de la forma y de calidad rara también es Montalvo, y por eso tentó la pluma de Rodó. Pero lo sedujeron de él, además, lo gallardo del porte caballeresco del hombre, y el temple de su carácter forjado para el combate. Este don Juan Montalvo era como un hidalgo español del buen tiempo, nutrido de romances viejos, de libros de caballerías y aun de tratados de mística y de devoción, siempre que estuvieran en prosa añeja y generosa. Perdido en el escenario de una república americana, no por eso renunció a dar vado a su vocación de caballero andante. Anduvo por el mundo con la pluma siempre enristrada como una lanza, y más temible. De sus cualidades literarias, que es de lo que ahora trato, digo que noto en muchos de sus escritos la ausencia de un interés hondo y permanente de meditación. Careció de aquella íntima serenidad pensadora que difunde suave fulgor en las páginas de Rodó. Obras suyas hay como la Geometría Moral, que exprimidas, apenas si rendirian cosa de substancia. Su pensamiento se mueve en un círculo estrecho de ideas cardinales que interesarían muy poco si el arte del escritor no las realizara con sus prestigios, sembrando sus

páginas de anécdotas históricas, donosos ejemplos y divertidas narraciones. Sus tratados, disertaciones amenísimas y chispeantes de ingenio, más que profundas, carecen de unidad orgánica, y en ellos el pensamiento fundamental se pierde entre errantes y desorientadas disquisiciones. Porfiado y sañudo en el ataque, es desmesurado en sus entusiasmos; sus elogios — Victor Hugo, Castelar, — son hipérboles desprovistas por completo de sentido crítico. Es siempre muy verdadero, en cambio, el interés que despierta su prosa, de una retórica formidable, pero metal de ley, acuñado con el carácter de una soberbia personalidad. Grande debió ser su influencia sobre el estilo de Rodó. Concordaba con el ideal de Rodó la empresa de restauración de los tesoros sepultados del habla castellana en que Montalvo gastó sus fuerzas. Escritores como éste, en tierra americana, valen como despertadores de una tradición de linaje semiolvidada y que es necesario reavivar. No es el interés puramente literario el que aconseja esto con mayor apremio. Es el espíritu mismo de un pueblo, el que demuestra su enervamiento cuando se empobrece el idioma. La penuria que la lengua castellana sufrió en el siglo XVIII, declararía de por sí la postración del alma española y la decadencia de su literatura, olvidada del pasado esplendor para entregarse a la imitación de extraños modelos. Los idiomas literarios se vivifican y entonan manteniendo el contacto con la lengua creadora del pueblo. En pleno siglo de oro, Fray Luis de León y Malón de Chaide se

ufanaron, dejando de lado el latín predilecto de los que escribían sobre materias consideradas entonces levantadas y graves, de haber tomado el idioma de sus obras de las fuentes mismas del habla vulgar, acendrándola y poniendo en ella número y armonía. Y Mal n de Chaide declaraba ser empresa en que iba comprometida una parte de la grandeza nacional, la de tener la lengua materna «subida en su perfección y tan extendida cuanto lo están las banderas de España». En Montalvo, Rodó hizo el elogio de la restauración erudita y libresca emprendida por un escritor que descubre en la prosa de libros empolvados, gran copia de vocablos y giros injustamente caídos en desuso. De los modernos nadie con tanta pasión como el escritor ecuatoriano ha tronado contra los corruptores de la lengua castellana; entre literatos, para él, pureza de idioma vale como la más preciada y alta de las cualidades. Sólo que los afanes de Montalvo dieron por resultado la creación de una prosa riquísima, pero inadaptable, por su arcaísmo y su dureza, a las necesidades de la expresión del pensamiento de esta época; la prosa de Rodó—y este ensayo en lo que respecta a la forma, es, quizá, el más lucido de sus trabajos—es flexible y moderna, no una valiosa antiqualla, sino un idioma joven en que florece lozanamente su fuerte y fecundo pensamiento.

Otro es el carácter dominante en la personalidad de Juan María Gutiérrez. No le falta el mérito de la realización artística, pero no es de primer orden. Este ensayo

contiene una síntesis del movimiento literario en los países de la cuenca del Plata, síntesis delineada en torno de la figura central del doctor Gutiérrez. Seguir a este en las etapas de su proficua labor es revivir buena parte de la historia literaria rioplatense de que fuera insigne obrero. Realizó Gutiérrez quizá el esfuerzo más fructuoso que hasta hoy aparezca vinculado a un nombre de escritor por reconstruir en su integridad nuestra historia intelectual, que apareció trozada por el hacha revolucionaria, mientras el espíritu colonial fué todavía el enemigo activo y temible que era preciso aniquilar. Fué menester que se apagaran en la distancia los ecos de las gestas heroicas de la emancipación, que aquel pasado sólo fuera un recuerdo para que su visión apareciera depurada y engrandecida, más bella cuanto más lejana y para que él hablara al alma del historiador y del poeta con esa voz amorosa de la tradición que despierta en lo hondo de la conciencia mil otras voces calladas y familiares. Cuando sucede esto es posible la aparición de los grandes contempladores del pasado: los artistas capaces de intentar la resurrección histórica de las épocas muertas y los investigadores que acopian datos y materiales para ello. La vocación de unos y otros suele obedecer al impulso de la misma pasión inicial: en el alma de todo erudito consagrado a la abnegada y árida labor de la investigación hay por lo menos una chispa de fe proveniente de aquel sagrado fuego que enciende el entusiasmo del artista creador; fe como la que animó a un Schliemann.

creyente en la verdad escondida bajo la ficción de los poemas homéricos, hasta que, confirmándola, los palacios milenarios perdidos en las soledades de Mycenae y de Tirinto le libraron sus áureos tesoros y, con ellos, las reliquias de un mundo que parecía sumergido para siempre por la marea del tiempo. Gutiérrez fué de aquellos en quienes se suman ambas facultades: la del investigador y la del escritor original. Hoy todavía urgen entre nosotros trabajadores de esta calidad: que si es cierto que mucha parte de nuestro pasado literario espera quien la estudie y valore, también lo es que tal obra requiere como antecedente indispensable una árdua labor de investigación original. Juan María Gutiérrez dedicó la vida a explorar en los días de la colonia las nacientes del sentimiento colectivo actual de estos pueblos, y a buscar entre aquellas sombras hasta los más tenues vislumbres del espíritu nuevo. Hoy, para los hombres del pasado lejano, misioneros y conquistadores, quisiéramos a veces mayor justicia que la que pudieron hacer los estudiosos de esa generación. Y nos parece fría y mortecina la llama de aquella poesía pseudo clásica que celebró las victorias revolucionarias y acompañó las reformas primeras, y que fué el entusiasmo literario de Gutiérrez; aunque nadie negará que esa musa cívica que pidió lecciones de fortaleza marcial y de amor a la libertad a una antigüedad clásica puramente convencional, ganó legitimamente para sus autores la gloria póstuma y, sinó el laurel poético inmarcesible, la corona de

roble con que se premian las virtudes ciudadanas.

El ensayo de Rodó, obra de juventud, refundida más tarde, resume siguiendo paso a paso la vida literaria de Gutiérrez, la historia de nuestras primeras manifestaciones intelectuales. La pintura de la época y del medio, que son parte principalísima en el ensayo sobre Montalvo, está reducida en éste a uno que otro toque sumario. Del protagonista mismo sólo estudia la actividad literaria, excluyendo expresamente la faz política de su personalidad. Gutiérrez le proporciona pretexto para señalar, estudiando la producción intelectual, los primeros acentos del sentimiento genuinamente americano en sus dos manifestaciones primordiales: el sentimiento de la naturaleza y el sentimiento de la historia. Desprovisto de aquel interés de investigación original de los estudios de Gutiérrez, tiene el de Rodó, en cambio, la superioridad de una crítica más fuerte y madura. Contemplando desde más lejana perspectiva los hombres y las obras, los reduce a su verdadera proporción, con frecuencia alterada en los trabajos, harto benévolos, de Gutiérrez. Ha sembrado este ensayo de juicios de mucho valor sobre escritores nuestros y sobre nuestras cualidades literarias. Ha rastreado el aporte de sentimiento original americano incorporado a las obras engendradas en las diversas épocas de nuestra vida intelectual; pero ha señalado también la porción refleja que no falta en ninguna, la que nace de imitación más o menos feliz de literaturas extrañas y no de la contemplación de nuestra naturaleza y de nuestra vida, ni de

la necesidad de dar expresión a un pensamiento autónomo.

No pertenece a pueblo alguno aislado, sino a la confederación moral de hispano-américa la gloria de Bolívar. Él es, en el pensamiento de Rodó, el héroe por excelencia del continente. La epopeya de la revolución no reveló en toda la extensión de la América española ninguna personalidad ni más genial, ni más original y extraordinaria. Héroe de aquellos por los cuales la palabra recobra su pristino sentido. Héroe a la manera que Carlyle concibe el heroísmo: dotado de una genialidad omnipotente: guerrero, legislador, escritor... Y en todo, grande al par de los mayores. Y aún más; porque algunas de estas grandezas suyas comprenden facultades diversas; su genio guerrero, es una dualidad en que se funden dos potestades que rara vez se ostentaron conciliadas en una sola personalidad: capitán y caudillo, conductor de milicias regulares y fascinador de muchedumbres primitivas de llaneros. Ni se ciñe a las reglas vulgares, ni se mide con las usadas medidas esta genialidad abrupta y sublime. La eterna inquietud de su ambición, condición de su grandeza y de su fuerza, no es, ni aún cuando lo extravía, codicia de mando o de honores: hay en ella algo como el desasosiego del león que se revuelve aguijado por el instinto... Las de este ensayo son, en suma, páginas de glorificación comparables a las que escribieron Montalvo o Martí. Pero Montalvo, que agotó en el elogio de Bolívar los tesoros de su prosa, no lo hizo más a lo grande que Rodó, ni desató más ancho río de elo-

cuencia. Martí puso en sus páginas mayor énfasis retórico; ostentó aquel conceptismo de su estilo, realzado por un aliento cálido y viril, y aquellas magnificencias siempre excesivas de su prosa, hermosa sin embargo; de tal modo es claro que sus defectos provienen del desbordamiento del entusiasmo que rebosa de un alma nobilísima... Pero tampoco Martí puso más alto a Bolívar. No procede ahora, ni es para mí, someter al toque de rigurosa crítica histórica ninguna de estas síntesis brillantes, que obedecen a un propósito bien definido de apoteosis. En cuanto se refiere a los méritos propiamente literarios, este ensayo de Rodó no está exento del defecto ya señalado en el de Martí, aunque lo tiene incomparablemente menos acentuado: cierto rebuscamiento en la expresión, cierto conceptismo, el más castizo de los defectos literarios y acaso contraído en las mismas fuentes clásicas en que alimentó las gallardías de la prosa opulenta de sus últimos escritos.

Señores: La obra de Rodó, que sólo parcialmente he podido comentar ahora, servirá para apresurar la emancipación definitiva del pensamiento americano, para que éste sea una realidad cada vez más grande y rica. Pero hay también una parte de ella que se remonta por sobre toda frontera de espacio y de tiempo, asumiendo un alto sentido humano. La virtud idealizadora de sus libros será siempre en nuestra memoria inseparable del símbolo transparente y benéfico de Ariel. Dió lecciones de tolerancia. Anheló por la justicia. Buscó la verdad.

Fueron sus enemigos, tanto los fanatismos limitados y torpes, como la helada indiferencia de los hombres incapaces de convicción. La ciencia de la vida, que como moralista predicó, es también un arte: vivir bien la vida es vivirla bellamente. La sucesión de los días de una existencia ideal habría de ser como la sucesión de los versos de un poema en que brillaran con igual fuerza la perfección moral, el amor desinteresado de la verdad y el decoro caballeresco de las formas. Es que Rodó amaba con la misma pasión el bien, la verdad y la belleza. Y lo que más ennoblece su vida y su obra es el grande y anheloso esfuerzo de su pensamiento para alcanzar una participación cada día mayor en la luz de esas puras ideas eternas, de esas esencias divinas — Bien, Verdad, Belleza — cuya contemplación baña los espíritus poseídos del deseo de la sabiduría como de un anticipado reflejo de aquella esfera celeste en donde ellas resplandecen inmóviles.

